

IR MÁS ALLÁ

Juan Carlos Fernández Menes (Diario de León, 18-II-2017)

Sólo la fuerza del amor es capaz de transformar el mundo. En esta verdad creemos firmemente los cristianos; pero, por alguna extraña razón, nos cuesta ponerla en práctica. Cuando nos convirtamos sinceramente al Dios-Amor, percibiremos que la respuesta a las inquietudes humanas no está ni en las armas de los poderosos, ni en la violencia de los fuertes, ni en el comadreo de los políticos, ni en el dinero de los opulentos. Del amor hablamos todos y estamos de acuerdo en señalar su conveniencia y necesidad. Todos lo pedimos y, al menos de boca, lo ofrecemos; pero lo que nuestro mundo necesita es que lo practiquemos, que lo vivamos. Dios es amor y nos llama al amor; para ser sus amigos el camino es amar a Dios y amar al prójimo. Y no al prójimo que nos conviene, porque nos quiere o piensa como nosotros, sino a todo prójimo, incluso, especialmente, al que no nos corresponde, al enemigo.

Amar al enemigo es hacer el bien al quien nos hace mal, poner la otra mejilla a quien nos hiere en una; pero es también no consentir con la injusticia del enemigo. Por eso, no podemos estar siempre ofreciendo la otra mejilla, porque así nos iríamos haciendo cómplices de la injusticia y el abuso del enemigo. Amar al enemigo es desarmarlo, recuperarlo para la bondad, ganarlo para la amistad, integrarlo en la escuela del amor. Y eso sin violencia ni amenazas ni odio ni ejercicio de la fuerza. Pero también sin conceder la más mínima a la violencia y la injusticia. Es ayudar al enemigo a que cambie y asuma el amor. Lo que Jesús nos dice no parece, “humanamente”, razonable. Esto sería pagar con la misma moneda. Ese es el fundamento de nuestra discutible justicia: el que la hace, la paga. Así, todo lo razonablemente que se quiera, hemos llegado a justificar la carrera de armamentos, el terrorismo, la guerra, hemos montado una convivencia inaguantable y hemos armonizado nuestra justicia con toda clase de injusticias y atropellos, engendrando enemigos por todas partes. Por eso, si queremos salir de este callejón oscuro, habremos de dejar nuestra “razonable y prudente” manera de actuar, para seguir la locura del evangelio, que es la locura de la cruz: Jesús da la vida por amor a los que se la quitan. Amar al enemigo es salirse de la “razonable” prudencia humana, para entrar en el ámbito de la prudencia cristiana, la de Cristo. No se domina el mal cuando se le responde con la misma dureza. El mal recibido queda siempre como algo exterior a nosotros, pero cuando lo hacemos nosotros, al devolverlo consigue una victoria: entra en nosotros. Jesús abre otro camino a la humanidad: vencer el mal con el bien, responder al odio con el amor.